

## EL CUARTO DE SONIA

---

Julián y Carolina se quedaron con el piso de la calle Pío Baroja sin pensárselo dos veces. Ciento noventa mil euros por un tercero con ascensor, tres habitaciones bien hermosas, pertrechadas con muebles nuevos, funcionales y comprados con buen gusto, un cuarto de baño grande y un aseo más que decente, era una ganga impensable hasta para los peores tiempos de crisis. No era de nueva construcción, ni mucho menos, pero estaba recién reformado y por dentro se veía flamante. Ni siquiera les hizo falta hipotecarse: tenían noventa mil euros ahorrados, y el padre de Julián les regaló los cien mil que faltaban.

—¿Dónde está el truco? —le preguntó Julián al de la inmobiliaria, antes de firmar el contrato de compra previo a las escrituras—. El piso está de lujo, ¿por qué no se lo quedó el propietario?

—Tuvo que mudarse a otra ciudad por motivos de trabajo —le explicó el agente, con esa sonrisa de cera que esgrimen ciertos vendedores que fingen ser simpáticos cuando no lo son—. Necesita el dinero urgentemente, de ahí que haya puesto un precio tan bajo.

Carolina, al lado de Julián, le instó a firmar con una mirada brillante de ilusión. Un piso céntrico a ese precio era una bicoca. Obedeciendo la orden mental de su esposa, Julián cerró el contrato.

Dejaron el apartamento de alquiler en cuanto terminaron de darle los últimos toques a la decoración de la casa, tres semanas después de comprarla. Lo que más ilusionaba a

Carolina era el cuarto que ya se habían encontrado montado para Sonia, su hija de trece meses. Era perfecto. La habitación, al fondo del pasillo, era la más grande y luminosa de todas. Estaba pensada para el futuro: tenía una cama integrada en un mueble de color pino, con su mesa de estudio y todo; un armario de doble puerta remataba el conjunto, y un complejo de estanterías y altillos servían de almacén para juguetes presentes y venideros. En ese momento, el ejército de peluches de Sonia parecía vigilar el cuarto, en formación militar.

Julián y Carolina decidieron trasladar la cuna de su dormitorio al cuarto de Sonia, para que la niña empezara a acostumbrarse a dormir sola. El único «pero» inicial que puso Carolina fue que no le gustaba que hubiera una habitación entre la suya y la de su hija. Para su gusto, le quedaba algo lejos. Julián no tardó en buscar una solución a esa lejanía: algo parecido a unos *walkie-talkie* de plástico blanco. En la caja lo anunciaban como *vigilabebé*.

—¿Ves? —Julián colgó el emisor en los barrotes de la cuna y lo encendió—. Con este chisme oiremos todo lo que pasa en la habitación. Si Sonia llora, nos enteraremos. Vamos a probarlos.

Jugaron durante unos minutos con los *vigilabebés*. El receptor captaba hasta el mínimo susurro de Carolina, quien dio el visto bueno a los aparatos y accedió a sacar a su hija del dormitorio. Julián gritó albricias para sus adentros: adiós a dormir con un ojo abierto y otro cerrado, y hola al retorno del sexo perdido. Solo con pensar en la primera noche que pasaría a solas con su mujer hizo que se le pusiera dura.

—¿Vamos a casa de mis padres a recoger a la niña? —le preguntó Julián a Carolina, impaciente por estrenar la casa de una vez.

Carolina le obsequió con un beso en los labios, un beso lento que él interpretó como una promesa de lo que vendría después.

—Vamos —dijo ella—. Me muero de ganas de pasar la primera noche en casa.

## Noche 1

Carolina le dio el biberón a Sonia antes de las diez. Mientras tanto, Julián se despatarraba en el cheslón del salón. Como complemento perfecto del sofá, se había adjudicado un Smart TV de cuarenta y nueve pulgadas que transformaba cualquier evento deportivo o película en un espectáculo digno de estar en aplausos. Para rematar la jugada, se había agenciado un cilindro de patatas Pringles y una Alhambra 1925 recién salida del frigorífico. Armado con el mando a distancia, daba rienda suelta a uno de sus hobbies favoritos: el *zapping*. En ese momento, se sentía el hombre más feliz del mundo.

Poco después de las diez, Carolina apareció por la puerta del salón, con el receptor inalámbrico en la mano.

—Ya se ha dormido.

—¿Te apetece ver una peli?

—Sí, por favor, necesito relajarme. —Se estiró—. Voy a prepararme un sándwich de jamón y queso. ¿Quieres uno?

Julián aceptó, y Carolina los preparó en un santiamén. Sacó otra cerveza del frigorífico para acompañar a su marido y se recostó junto a él en el cheslón.

Poco antes de las diez y media, el receptor cobró vida de repente, dándoles un susto de muerte. No era un llanto de bebé lo que sonaba. Era un llanto de mujer, y no se oía en el pasillo: solo en el altavoz del aparato.

Julián le hizo un gesto a Carolina para que se quedara sentada y fue a echarle un vistazo a Sonia. La niña dormía, y la habitación parecía en orden. Tan solo vio una cosa rara en la barandilla de seguridad de la cuna: restos de una sustancia gris y pegajosa. Pensó que Carolina habría tocado los barrotes de la cuna con las manos llenas de crema o de cualquier otro potingue y no le dio mayor importancia. Lo limpió con un pañuelo de papel y regresó al salón.

—Falsa alarma. Probablemente se haya colado alguna frecuencia de radio en el aparato.

—Pues vaya mierda —gruñó Carolina—. Era un llanto escalofriante. Daba miedo.

Julián le dio un beso.

—Anda ya, cagona. Disfrutemos de la película y luego, si te apetece, probamos qué tal funciona la cama nueva.

—Me parece un plan estupendo —aceptó Carolina, llevándose la mano de Julián hacia uno de sus pechos; comenzó a acariciárselo con ella—. A pesar de estar todo el tiempo a tu lado, comenzaba a echarme de menos, ¿sabes?

No llegaron a ver el final de la película. De hecho, se dejaron olvidado el *vigilabebé* en el salón, por lo que tampoco oyeron los extraños ruidos procedentes del cuarto de Sonia. Unos ruidos que no cesaron en toda la noche.

## *Noche 2*

El alarido metálico que brotó del receptor les despertó a las dos menos veinte de la madrugada siguiente. Se levantaron de la cama de un salto, casi atropellándose entre ellos, y recorrieron los pocos metros del pasillo como si les persiguiera una manada de toros por la calle Estafeta. Cuando llegaron al cuarto de Sonia, la encontraron sentada en la cuna, llorando a moco tendido, con una desesperación inusitada.

—¡Mi niña! —exclamó Carolina, abrazándola—. ¿Qué te ha pasado?

Sabía que Sonia no le iba a contestar. A sus trece meses, aún no se había dignado a pronunciar ni unos míseros «mamá» o «papá».

—Mira esto. —Julián señaló unas manchas pastosas en la cuna, en el suelo y en el pijama de Sonia—. Anoche también vi esta mierda en los barrotes. ¿Qué coño es?

—No parece que haya vomitado —aventuró Carolina, examinando el pijama de la niña—. Tampoco huele a vómito. No huele a nada.

—Voy a por una fregona —gruñó Julián, dirigiéndose a la cocina.

Sonia durmió esa noche en la cama de sus padres, en medio de los dos. Julián logró conciliar el sueño al cabo de un rato, cuando Sonia se calmó, pero Carolina no podía qui-

tarse de la cabeza el grito que había oído a través del receptor. Aquello no procedía de la garganta de un bebé de trece meses.

Ni siquiera parecía humano.

### *Noche 3*

Esta vez, fue mucho peor.

Eran las tres y cuarto de la madrugada, y aparte del sonido estridente que brotó del receptor, que parecía querer estallar en mil pedazos, oyeron a Sonia gritar de terror. No lloraba: aullaba como si la estuvieran matando. No hay nada peor que el alarido de terror de un bebé: es como si pretendieran aferrarse a la vida con las cuerdas vocales. Una vez más, Julián y Carolina corrieron los cinco metros de pasillo que separaban su dormitorio del de Sonia como si les fuera la vida en ello, pero esta vez, sucedió algo que no esperaban.

La puerta se les cerró en las narices, impidiéndoles la entrada.

Los intentos de Julián por abrirla fueron en vano. Estaba atrancada, aunque no había pestillo que pudiera cerrarla por dentro. Sonia había cambiado sus gritos por un llanto desconsolado. Carolina comenzó a chillar en el pasillo.

—¡Hay alguien en el cuarto de la niña, Julián! ¡Hay alguien ahí dentro!

—¡Tráeme el destornillador plano de la caja de herramientas! —le ordenó, sin dejar de empujar la puerta.

Carolina corrió a la pequeña terraza donde estaban la lavadora y el calentador de gas y abrió la taquilla de plástico donde guardaban la caja de herramientas junto a mil y un productos de limpieza. Temblando y llorando sin parar, consiguió abrirla y desparramar por el suelo una miríada de tornillos, tuercas, clavos, espiches y demás, que Julián almacenaba *por si acaso*. Localizó dos destornilladores: uno de estrella y otro plano. El de estrella se lo quedó, por si había que clavárselo hasta el mango al hijo de puta que estaba haciendo sufrir a su pequeña. Ignorando el dolor que le producían las piezas

de acero al clavarse en sus pies descalzos, regresó corriendo al pasillo, donde Julián seguía peleándose con la puerta cerrada.

—¡Toma!

Julián introdujo la parte plana del destornillador entre el batiente y el marco de la puerta, haciendo palanca con todas sus fuerzas a la vez que empujaba con el cuerpo. Detrás de él, Carolina empuñaba el destornillador de estrella como si fuera un cuchillo, entonando una letanía a base de repetir *por favor* a toda velocidad. Aunque no era muy creyente, se sorprendió a sí misma rezando todas las oraciones aprendidas durante su niñez. Rezó por muchas cosas, pero sobre todo por una: despertar y descubrir que todo aquel horror no había sido más que un mal sueño.

Con un chasquido de victoria, la puerta se abrió hacia adentro y Julián irrumpió en la habitación con su mujer pegada al culo. Lo que vieron les dejó paralizados.

El cuarto de Sonia se había transformado en una ventana abierta a un mundo infernal. La luz del pasillo, que iluminaba desde fuera la habitación a oscuras, parecía chocar con la fosforescencia gris verdosa que lo dominaba todo. La extraña luz mortecina emanaba de algo parecido a una columna de humo sólido que acababa definiéndose en unos brazos raquíuticos envueltos en unos jirones casi inmateriales, y un rostro que recordaba al de una figura de cera fundiéndose a fuego lento. La niña parecía flotar entre los brazos aterradores de aquella cosa que recordaba ligeramente a una mujer tan esculpida como muerta. En cuanto la pequeña vio a sus padres, proyectó sus manitas hacia ellos, logrando componer un grito de socorro sin necesidad de articular palabras.

La aparición emitió un grito agudo y desgarrador que pareció venir de todas partes a la vez. Julián le lanzó una estocada a fondo con el destornillador, y solo logró sumergir su brazo entero en aquella sustancia que, cuando estaba viva como ahora, tenía una temperatura glacial. Otros brazos —o tal vez fueran tentáculos— brotaron de la columna informe, rodeando a Julián por todas partes, reptando por su pecho y por su cuello, intentando cubrir su boca y sus fosas nasales.

La cara de pesadilla del monstruo bajó hasta colocarse a dos centímetros de la de Julián, que trataba de huir reculando y resbalándose en los charcos helados. La boca de aquella cosa, sin dientes, no era más que un pozo negro que parecía conectar con el infinito más inmundo. A pesar de no tener lengua, habló con voz inhumana.

—¡Mi niña! ¡Esta es mi niña!

Carolina no pudo soportar más ver a su pequeña en brazos de aquel ser. Sorteando a su marido, que aún luchaba desesperadamente en el suelo contra aquella masa que intentaba sofocarle, agarró a Sonia por las axilas y se la arrebató al espectro de un fuerte tirón. Otro alarido, este aún más ensordecedor que el anterior, pareció rasgar el mundo en mil pedazos. La fosforescencia gris verdosa brilló con fuerza durante una milésima de segundo y de repente se extinguió, dejando que la bombilla del pasillo arrancara brillos tenues a los charcos del suelo, que comenzaban a encoger, como si murieran poco a poco. El monstruo desapareció y Julián quedó libre. Se atragantó con la primera bocanada de aire. Tosió hasta provocarse arcadas. Las manchas en su pijama fueron la única prueba de que todo aquel episodio había sucedido de verdad.

Carolina encendió la luz del dormitorio y se arrodilló junto a su marido, con la niña en brazos. Sonia aún lloraba, pero su llanto ya era normal. Julián las abrazó entre lágrimas. Bajo la luz de la lámpara, todo parecía diferente. Los peluches, testigos mudos de aquella demo del infierno que había tenido lugar en la habitación, se veían ahora más bonachones y cándidos que nunca. A los pocos minutos, ni Julián ni Carolina estaban seguros de lo que había pasado allí. De todos modos, Julián tomó una decisión inmediata.

—Nos largamos de aquí. Voy a llamar a mi padre para que nos deje pasar la noche en su casa. Se va a llevar un susto de muerte, a estas horas...

—No será peor que el que acabamos de llevarnos nosotros.

Carolina preparó un par de maletas a una velocidad increíble para hacerlo con una sola mano. No estaba dispuesta a separarse de su hija bajo ningún concepto.